

¿DE QUÉ FORMA INCIDE LA CULTURA, SEGÚN EL PSICOANÁLISIS, EN LA CONSTITUCIÓN SUBJETIVA?

Lic. Eduardo Russo - APdeBA

Armenia 2365 - 15º "B" – Capital – 4832-1653 – eduardo@apdeba.org

Esta pregunta en modo alguno contempla la posibilidad de relativizar o subsumir la importancia y autonomía de la causalidad psíquica en aras de una causalidad cultural. Además, es evidente que Freud estudia y tiene muy en cuenta el pasado cultural, y del mismo modo se ocupa abundantemente de todo de tipo de producciones culturales y artísticas.

1 - Para abordar la compleja cuestión de los factores culturales deberíamos revisar con qué noción de Cultura nos manejamos en nuestra disciplina. Sabemos que la definición no es la misma para la Historia, la Sociología, la Antropología, etc. (Williams, R. 2003), e incluso que dentro de estos saberes coexisten corrientes que la conciben de manera diferente (Russo, E. 2010 a). ¿Cuál de ellas tomará el Psicoanálisis? Es posible que las distintas corrientes psicoanalíticas se apoyen en distintas definiciones de Cultura; y en ese caso, funcionando como presupuestos implícitos, incidan en la forma de aproximarnos al tema que nos ocupa. Tener en cuenta que no siempre nos basamos en las mismas premisas filosóficas y epistemológicas podría contribuir, en parte, al difícil diálogo interteórico (Russo, E. 2010 b). Por ejemplo, los modelos de Robinson Crusoe o del *Homo homini lupus*, por neutros que nos parezcan, suponen una toma de posición respecto de cómo pensamos la cultura (en ellos se presenta, según J. Bleger, la falsa oposición entre individuo-sociedad, los mitos del hombre aislado o del hombre natural, las posturas solipsistas, etc.).

2 - En la definición que Freud consigna en 1930 (pág. 88) es considerada más como "producto"; ¿le otorga además el valor de variable independiente que, como tal, incidiría en la constitución subjetiva? ¿de qué forma? Pareciera que, en general y predominantemente, tiende a dar cuenta y/o explicar los fenómenos o producciones culturales basándose en la teoría que fue construyendo, y no se detiene tanto en la manera que inciden los factores sociales y culturales en dicha constitución.

¿A estas cuestiones se referirá Winnicott cuando escribe: “*En su topografía de la mente, Freud no reservó un lugar para la experiencia de las cosas culturales*” (1996, pág. 129)? No podemos pretender que Freud abarcara todas las variables intervinientes, pero en los escritos llamados “sociales” se limita fundamentalmente a explicar los fenómenos grupales en base a las hipótesis construidas a partir del psiquismo individual. Un siglo después quizás tengamos nuevos elementos (incluso a la luz de las corrientes epistemológicas actuales) para continuar pensando estas cuestiones que enriquecen la teoría psicoanalítica.

3 - Rodolfo Moguillansky (1999) considera que el psicoanálisis, en sus inicios, a partir de la carta 69, decidió dejar de lado las determinaciones históricas o sociales para sostener con más fuerza la concepción de la determinación inconsciente relacionada con la sexualidad infantil; y que el valor heurístico de esta decisión fue extremadamente fecundo. Realiza un extenso rastreo mostrando este esfuerzo y, a su juicio, esto *explica la renuencia a incorporar las determinaciones que habían sido dejadas de lado*. Además señala que hace medio siglo la tendencia se invirtió: progresivamente se les fue *haciendo un lugar* a aquellas significaciones que determinan al sujeto desde su inclusión en conjuntos, tanto familiares como sociales (y no sólo a las que provienen de la sexualidad infantil). Paralelamente, toda referencia vincular fue dejando de ser entendida como resistencia.

Esto *inicialmente dejado de lado* insistió repetidamente buscando su inclusión, muchas veces planteado no de la mejor manera. Giran en torno a estos problemas las discusiones y diferencias de Freud con A. Adler, K. Horney, W. Reich, E. Fromm, H.S. Sullivan y otros. En esta línea que busca hacerle un lugar a las determinaciones sociales y culturales, *pero esta vez sin renunciar a las otras*, encontramos a J. Lacan (1938, 1954), y con preocupaciones similares, las producciones del CEFFRAP (Kaës, Laplanche, Pontalis, Bejarano, Misserand, Enriquez, etc.), desde 1962 y la OPLF o “cuarto grupo” (Aulagnier, Valabrega, Zaltzman, Dorey, etc.), desde 1969. Ya en la década del '50, en nuestro país, encontramos los trabajos de E. Pichon-Rivière y J. Bleger, W. Baranger (crítica al enfoque económico y su teoría de campo), etc.

“Pichon iba a liderar iniciativas como la famosa “experiencia Rosario”, que iba a

servir como acta de nacimiento para los “Grupos Operativos”, constituyendo una suerte de mito de orígenes para toda una vertiente del grupalismo argentino, en la que también participaron José Bleger, David Liberman y Fernando Ulloa (...) Tres de los miembros fundadores, en 1954, de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo (AAPPG) eran a su vez analistas didactas de la APA” (Dagfal, A. 2009)

Esta tarea la continuaron en las últimas décadas, entre otros, Isidoro Berenstein y Janine Puget (1997), quienes vienen construyendo una metapsicología vincular para dar cuenta de la clínica psicoanalítica, tanto en dispositivos bipersonales como multipersonales, viéndose llevados a efectuar no sólo una “ampliación” (no mera aplicación) de ciertos conceptos, la reformulación de otros, sino también a proponer algunos nuevos que nos permitan pensar desde otros vértices las teorías con las que nos formamos.

Hay una idea fuerte sostenida tanto en el trabajo de E. Pichon-Rivière y J. Bleger publicado en la Revista de APA en 1956, como en uno de los últimos reportajes realizados al maestro en 1976, un año antes de su muerte, sobre “Freud: arte y cultura”: *“Reflexionar acerca de la cultura, de su génesis, del origen y el sentido de la actividad en la que los hombres transforman lo real, no es otra cosa que elaborar una concepción acerca de la génesis y el sentido de un orden de hechos, que constituyen -más allá del orden animal- una nueva instancia: lo histórico-social, lo específicamente humano (...) ¿Por qué consideramos pertinente retomar este debate? Porque las tesis freudianas acerca de la cultura, el trabajo, el proceso creador –más allá de la pregunta por la legitimidad de extender hipótesis que surgen en el contexto analítico al plano de las relaciones sociales- abren un interrogante cuya respuesta nos plantea una tarea de crítica y de reformulación de los aportes del psicoanálisis a la comprensión del sujeto. El “Malestar en la Cultura”, una obra de gabinete, en la que Freud se aparta del riguroso itinerario que recorre en su práctica clínica, revela a un pensador idealista, esencialista, para quien la naturaleza humana se determina –en última instancia- desde los impulsos instintivos, eternos e inmodificables en su esencia. Se “naturaliza” así la agresión, la rivalidad, la hostilidad entre los hombres. Estos rasgos “naturales” de “lo humano” hablan de una esencia transhistórica que se expresan en las relaciones sociales y las determinan en su forma. Esta concepción esencialista, esta naturalización tiene*

como consecuencia una inversión en la que los efectos aparecen como causa y las causas como efecto" (Pichon-Rivière, E. 1976).

Es evidente que los puntos en discusión se relacionan con lo planteado por J. Bleger (1963), W. Baranger (1961, 1967, 1968) y con la polémica en torno a qué entendemos por "realidad psíquica", diferente tanto de la realidad fantasmática-subjetiva como de la realidad material (Laplanche, J. 1980).

Observamos que mereció especial atención, por ejemplo, en el Simposio de APA de 1971, titulado "La realidad social en la teoría y práctica psicoanalítica".

O inclusive el trabajo de Rafael Paz y otros, presentado en el XXVII Congreso IPA, en Viena, titulado justamente "Realidad y violencia en el proceso psicoanalítico", el mismo año, cuatro antes que P. Aulagnier (1975) escribiera uno de su libros más conocidos. Desde otro marco teórico J. Laplanche (1992, 1993) también alude a esta problemática.

La cuestión de qué entendemos por "real" y "la realidad", como la definición que empleamos de cultura o "lo social", ocupa buena parte de las discusiones filosóficas y, como problemáticas, trascienden al psicoanálisis. Ante esto, lo menos que podemos hacer es discriminar qué postura al respecto elige Freud y cada una de las distintas corrientes psicoanalíticas; y sería deseable que tengamos siempre presente que esto, en todos los casos, implica una elección, una postura, una toma de partido filosófica y epistemológica.

Como vemos, todos estos trabajos pueden ser pensados como parte de los permanentes intentos de hacerle un lugar, dentro del corpus teórico, a aquello que inicialmente había sido dejado de lado.

En la afirmación *"la cultura se edifica sobre la renuncia de lo pulsional"* (Freud, S. 1927) *predomina una direccionalidad que va del sujeto a la cultura, desdibujándose la posibilidad inversa*, que en muchas ocasiones escuchamos calificar rápidamente como desviación "ambientalista" o "culturalista", o con el anatema: "eso no es psicoanálisis".

Continuando con la tarea de reintroducir lo que había sido dejado de lado, es decir, de *hacerle un lugar en lo psíquico* a la realidad externa y a los vínculos, J. Puget publica en la década del 80 una serie de artículos acerca de las secuelas traumáticas dejadas por la última dictadura militar en nuestro país, incluso en el Congreso IPA de Montreal (1986, 1987 a y b, 1988). Allí ya está el concepto de "tres espacios psíquicos" que propone.

Héctor Krakov y Carlos Pachuk consideran que estos artículos *“correspondieron a una elaboración teórica posterior a los debates de la década del 70 en la APA, acerca de la tensión existente entre realidad externa y realidad psíquica y del carácter representacional de lo colectivo. Para ese período histórico la realidad externa era construida a expensas de la externalización o proyección de la realidad interna (...) Tanto lo vincular como la realidad externa no tenían un status metapsicológico propio y caían por fuera de nuestra disciplina”*. La cuestión era cómo *“construir una tópica metapsicológica que incluyera a lo social (la trans subjetividad) y a los otros (intersubjetividad)”* e investigar *“la inscripción de lo trans subjetivo como un espacio en la mente, cuyas representaciones sociales están relacionadas con ideología, religión, poder y pertenencia”* (Krakov y Pachuk, 1998, pág. 445-6)

En realidad, como venimos observando, estas preocupaciones venían desde mucho antes, y *“los debates de la década del 70”* pueden pensarse como un nuevo intento por reingresar algo que fue inicialmente excluido; algo que, por no resuelto, insiste. Sería auspicioso encontrar, entre todos, la forma de visualizar el problema y poder estudiarlo en profundidad. Una de las dificultades consiste en que no siempre disponemos de las herramientas teóricas para hacerlo; y otra, que nunca nos resulta fácil revisar los presupuestos con los que nos manejamos.

4 - ¿Cómo damos cuenta de la influencia permanente tanto de la dimensión cultural y social, como la de los otros sujetos, en el psiquismo individual?

En términos generales los psicoanalistas acordaríamos en que el sujeto se constituye dentro de vínculos, y fuertemente condicionado por el contexto familiar y social en el que surge y se desarrolla. Pero ¿con qué modelos abordan estas cuestiones las teorías psicoanalíticas que disponemos?

Para esta y otras cuestiones, el modelo de los tres espacios mentales: el Intrasubjetivo, el Intersubjetivo y el Transubjetivo, nos ha aportado importantes comprensiones y rendimientos. Un paso muy destacable fue poder diferenciar los conceptos de “relación de objeto” y “vínculo”. Así, la relación de objeto alude al espacio intrasubjetivo (objetos internos), mientras que el concepto de vínculo pertenece al intersubjetivo (lo que se genera “entre” dos sujetos con zonas incompatibles)..

Dentro de esta metapsicología J. Puget (1991) considera que *“la teoría clásica es insuficiente para emprender el análisis de los componentes inconscientes de nuestros acuerdos con el conjunto”*. Por ende, muestra *“el intento de descubrir algunas hipótesis que permitan construir un modelo e aparato psíquico donde la realidad externa y específicamente el otro y el conjunto (lo social) tengan un status diferente al propuesto hasta ahora”*

En consecuencia, parte de la tarea consiste en estudiar los mecanismos y la lógica de cada uno de los tres espacios inconscientes de la realidad psíquica. Al ser universos con lógicas totalmente ajenas, son heterogéneos y no es posible que interactúen, ni que estén conjugados. Por lo tanto, *no son articulables entre sí*; operan en simultaneidad, y como distintos “espacios de constitución subjetiva”. Además, sus significaciones pueden aparecer superpuestas o desplazadas a otros espacios.

Desde este punto de vista, un mismo hecho puede tener significaciones simultáneas provenientes de los tres espacios. No discriminarlas y remitirlas exclusivamente a uno de ellos (desatendiendo las que provienen también de los dos restantes), puede llegar a ser iatrogénico (Aryan, A. 2005) y *“la reducción de los significados a uno sólo de ellos lleva a caer en interpretaciones causales, unidireccionales, que se deslizan a culposas, perseguidoras o confusionantes”* (Berenstein, I. 1991)

Operacionalmente dejamos de pensar por un momento en términos de “la” cultura y pasamos a “las culturas locales”; pero no por ello desaparecen los problemas, incluso surgen otros nuevos: en la medida que formamos parte de ellas y las compartimos con nuestros pacientes, nuestra visibilidad se ve afectada (Pereira, A. et al 2004)

Por ejemplo, ¿dispone cada paciente de cierta capacidad interna para revisar críticamente sus actos, y eventualmente rechazar los pactos que el medio social le propone para pertenecer? Si el sentimiento de pertenencia es constituyente-instituyente del sujeto, ¿cómo abordamos los problemas que provienen de conflictos inconscientes a partir de dicha pertenencia? Dichos conflictos serán refractarios en tanto no dispongamos de herramientas conceptuales para pensar psicoanalíticamente cómo operan las representaciones inconscientes del espacio transubjetivo (Berenstein y Puget, 1997)

5 - Estos aportes metapsicológicos nos proveen de nuevas herramientas teóricas para poder abordar e interpretar psicoanalíticamente, en forma discriminada, sucesiva y no excluyente, los sufrimientos psíquicos y *los malestares* que provienen tanto del espacio “intra” (del mundo interno), del espacio “inter” (los vínculos), como de los conflictos correspondientes al espacio “trans”, sin reducir todo el material clínico exclusivamente a uno de ellos.